

La Catalización del Amor. Desarrollo de la Teoría Psicoanalítica de Sándor Ferenczi Izette de Forest.

CAPITULO 8. PROTESTA HOSTIL Y VENGANZA

Que el conflicto entre padres e hijos todavía continúe en nuestra cultura, algo que ofende a la inteligencia, es un problema que no solo deben resolver los psicólogos, sino también los sociólogos. Sobre los hombros del psicoterapeuta reside la carga inmediata de su terapéutica, cuando el resultado de este conflicto, es la mala salud emocional. ¿Cómo se puede ayudar al niño en la preservación de su ser, frente a los insistentes principios de comportamiento y moralidad de los padres, y frente a su avasalladora potencia? ¿Cómo puede conservar su propia naturaleza intacta, frente a su necesidad de protección amorosa de estos padres concretos? O, ya en tanto adulto, ¿Cómo puede recuperar su sentido de autodeterminación; como puede visualizar y liberarse de sus padres, a menudo bien intencionadas pero ciegas personas de su inocente infancia? ¿Si recupera sus reales experiencias infantiles a merced de estas poderosas fuerzas, como puede funcionar en el presente con estas experiencias no metabolizadas? ¿Cómo puede hacer desaparecer la fantasmal influencia de estas figuras significativas del pasado?

La respuesta a estas preguntas fundamentales, consiste en traer a la conciencia del paciente neurótico el recuerdo exacto, desde el punto de vista del niño, de su conflicto con sus padres; el reconocimiento que en su necesidad de ser cuidado con amor lo sedujeron como niño, e impusieron el rechazo de sus propias demandas de crecimiento, y la sumisión a las demandas del entorno: y en una re-evaluación de acuerdo a sus normas actuales, de su total situación en la infancia. La respuesta también, radica en el reconocimiento de que la frustración de sus necesidades inherentes de vivir con amor, dieron como resultado represión y olvido del hecho de que su sumisión estaba acompañada por la rabia de tener que ceder, y por una inconsciente dedicación posterior -en su vida- a probar la dominante ceguera o la crueldad de los padres. “¿Si ustedes me exigen esto, se los daré; pero los odio por eso, y se los voy a demostrar!”

Esta rabiosa protesta o venganza permanece enterrada muy en lo profundo de los infantiles intentos por ajustarse amorosamente, o levemente rebelde, frente al insistente modelamiento que los padres hacen de su personalidad.

Pocos pacientes al comienzo del tratamiento admiten que odian a sus padres. Incluso cuando lo hacen esta admisión representa, por lo general, una aparente rebelión, que esconde su temprana sumisión a estas poderosas fuerzas. Pero en las vidas de todos los pacientes neuróticos en su comportamiento hacia los demás, muestran claramente un espíritu vengativo. Este espíritu conlleva una suspicacia paranoide hacia sus compañeros, una represión esquizoide de las emociones, un rechazo catatónico a la movilidad, un énfasis obsesivo en la intelectualidad; y oculta síntomas histéricos y fóbicos; así como varios desajustes en sus relaciones personales con la sociedad contemporánea. Cada uno de esos pacientes esconde -de sí mismo y de los demás -su elección inconsciente de una vida de rabiosa venganza.

Durante la infancia sus características individuales llevaron a sus padres a verlo como un extraño, a menudo no deseado, no querido o rechazado. Con el desarrollo de su idiosincrático temperamento, sus padres le exponen a la experiencia de ser moldeado, y a una consecuente frustración. En reacción a esto, él debe inconscientemente decidir sobre el desarrollo de los caminos de su vida: si tiene una constitución fuerte, brava, puede determinarse contra todo pronóstico a afirmar su individualidad. En este caso -y tales casos son muy pocos- se mantiene comparativamente sano. O puede comenzar a observar atentamente a las fuerzas externas que lo obligan a que los imite. Es aquí donde pierde su condición y se acomoda a sí mismo al gusto de los demás. En inherente a esta última decisión la inhibición de su propia naturaleza y el origen de la motivación de venganza.

Se puede observar en esta lograda personalidad una profunda falsedad, y en consecuencia, una rabia inconsciente por haber sido forzado hacia tal falsificación. Esta furia es un signo de autoafirmación, pues para él es la única función legítima y auténtica que queda de su propia naturaleza. Ella al menos dice: “Sigo siendo yo, y si voy a morir, moriré luchando”.

El apoyo terapéutico debe enfrentar esta situación por completo. Debe generar en el paciente un reconocimiento consciente de esta hipocresía y la hostilidad resultante. ¿De qué manera revela el paciente su falsedad y sus motivos de venganza? Daré un ejemplo, considerando los relatos de las experiencias tempranas de dos pacientes.

Uno de ellos, un sacerdote de 35 años de edad, había puesto inconscientemente su destino en manos de sus padres. Siendo el más joven de cuatro hijos, fue durante muchos años el niño rubio precioso favorito de su madre. Ella lo indujo, con su excesiva atención física y su ansiosa sobreprotección a que asumiera un rol pasivo. No se le permitía la compañía de sus hermanos mayores, algo que lo hubiera llevado a peligros infantiles; ni la de su padre, lo que le hubiera enseñado a ser el hijo activo de un granjero. Su única compañía durante su infancia era su madre, una ferviente mujer religiosa, firme creyente en el pecado original, y temerosa de los caminos mundanos. Su hijo había sido, desde su nacimiento, dedicado por ella a la Iglesia.

El recuerda sus anhelos de jugar con los niños de su propia edad, su deseo de tomar parte en las actividades de la granja, su resentimiento en los rituales religiosos, tanto en su casa como en la iglesia. También, recuerda el placer que sentía con la atención constante de su madre, su soborno y corrupción. Ella lo bañó hasta que tenía 12 años, a menudo dormía en su cama. Su fantasía adolescente tomó esta forma: si su madre buscaba incesantemente su cuidado físico; como reconocimiento de sus impulsos sexuales ya crecientes, ella le enseñaría entonces a alcanzar su masculinidad. Luego, podría tomar el legítimo lugar que le correspondía con su padre y hermanos, quienes siempre lo habían rechazado y habían despreciado por “mariquita”. Fue en estos años de su primera adolescencia que su madre sintiendo sus demandas sexuales, lo rechazó y reprendió por ello. Esto significó para él, la frustración, la negación de su masculinidad y la pérdida final de sus hermanos y de ambos padres. El ya no le pertenecía a nadie. En el mundo exterior no había ningún lugar para este niño abandonado. Los miembros de su familia lo despreciaban.

Desesperado se orientó a la única fuente que le ofrecía seguridad, la iglesia. Aquí el podría redimirse ante los ojos de su madre, y podría alcanzar una posición estimada frente a su padre y hermanos, todos activos miembros de la iglesia. Podría, de hecho, alcanzar cierta superioridad ante estos hombres de la familia, y frente a muchos otros hombres, convirtiéndose en un famoso predicador. Esto probaría su valía y le daría desde su eminente superioridad, la oportunidad de vengarse simultáneamente de su madre por su rechazo, y de su padre y hermanos por su rechazo y por haberse negado a rescatarlo de su madre.

Convertirse en sacerdote era un objetivo fácil ya que poseía una excelente mente, una atractiva presencia, y un interés en el progreso social. El tuvo éxito en esto, pero ello estaba potencialmente amenazado por un malévolos espíritu de venganza que comenzó a disfrutar acusando a sus feligreses de los pecados que cometían. Gradualmente consciente del peligro de esta compulsión buscó ayuda terapéutica. No podía entender su constante tentación de predicar airados sermones; su actitud de desprecio y desdén hacia las mujeres de su congregación; y, durante los servicios de la iglesia, sus frecuentes síntomas histéricos de mareo, de enrojecimiento compulsivo, y de cierta propensión a desmayarse..

Durante la terapia, descubrió que su rol como sacerdote, funcionaba como un auto engaño para tener una vida fácil y financieramente segura, esconderse tras la belleza del ritual de la iglesia, y para usar la oportunidad de tener fama. Le había asegurado una posición respetada entre los hombres y mujeres de la comunidad; y también lo protegía en su ascetismo, de sus impulsos sexuales originalmente reprobados por su madre en sus años adolescentes. Pero, por sobre todo, su papel sacerdotal le permitía expresar su furia y hostilidad disfrazándola como “virtuosismo” y “hambre y sed de justicia”. Esta intensa y precoz necesidad de venganza sobre la familia de su infancia, amenazaba cada vez más en convertirse en odio hacia su congregación, y al hacer eso, deshacer su dedicación a la iglesia y acarrear con ello la destrucción de su propia sanidad.

Un segundo paciente de 40 años, de profesión contador, se quejó en su primera entrevista de que nunca podía mantener un trabajo, por más de algunos años. En cada uno de ellos, empezaba desde abajo aprendiendo el negocio desde el comienzo, luego rápidamente alcanzaba una posición de importancia y

responsabilidad. Se ponía ansioso; empezaba a encontrar imposible delegar responsabilidades; se sentía obligado a estar en cada tarea; no le alcanzaban las horas del día para llevar a cabo esta compulsión; comenzaba su procrastinación, a abandonar las tareas esenciales; comenzaba a temer la desaprobación de sus superiores; y finalmente se obligaba a renunciar, aunque se iba de la empresa con excelentes referencias y con el pesar de sus colaboradores. Este ciclo se repetía recurrentemente. Finalmente, se convenció de que estaba actuando motivado por un determinante inconsciente muy poderoso, y que necesitaba ayuda.

El había sido entrenado desde sus más tempranos años para “complacer a los demás”, para olvidarse de sí mismo, para ser como los otros deseaban, pero especialmente para “complacer”. A pesar de ser de inteligencia y curiosidad innata, su capacidad por interesarse por algo permanecía indiferenciada, no podía mostrar interés en nada en particular. “Me interesa todo. Nunca he conocido nada que no me interese”. Su curiosidad, sin embargo, permanecía completamente inexplorada. El único deseo que expresaba era una determinación a usar su alta sensibilidad para aprender lo que los otros deseaban de él, y el de tener éxito asumiendo todas las responsabilidades que se le pudieran otorgar.

El síntoma físico de una úlcera en el duodeno sugería indicios de una frustración oral infantil. Este signo fue volviéndose cada vez más significativo a medida que empezaba a hablar de la extrema pobreza de su primera infancia, del largo número de hermanastros y hermanastras del primer matrimonio de su padre, y luego en años posteriores del segundo matrimonio de su madre. Otro sustento importante radicaba en la historia de la muerte de su padre, cuando él tenía cinco años. Recuerda la escena con su doliente madre y sus hermanastros, ya crecidos, alrededor del lecho de muerte. En ese entonces ella estaba con ocho meses de embarazo. Recuerda las solemnes palabras de su padre: “Hijo, ahora tu serás el hombre de la familia. Deberás cuidar y mantener a tu madre” “Y así siempre lo he hecho”, siguió diciendo el paciente. “Desde la época en que tenía ocho años de edad, como *caddie*¹ en los campos de golf, le he dado a mi madre un tercio de lo que gano. Un tercio iba para mis gastos, un tercio para ella misma, y yo guardaba el otro tercio”.

El no recuerda ninguna reacción emocional ante la muerte de su padre: ningún pesar, ni pena por su madre o por sí mismo, nada de ansiedad, nada de rebelión ante la desproporcionada e injusta solicitud de su padre. El los amaba a ambos y había sido bien tratado. Estuvo feliz con el segundo matrimonio de su madre años más tarde, amaba a su padrastro y a sus dos nuevos hermanastros, quienes eran además mucho mayor que él. Atrapado entre estos dos grupos de hermanastros mayores -a quienes su madre se dedicaba con devoción- y que pudiendo hacerlo no estaban dispuestos a ayudar a mantener a la madre; este niño asumió sin un resentimiento consciente el hacerse económicamente cargo en parte de su madre y de sí mismo. El era su único hijo. Cuidarla era su deber, tal como su padre se lo había inculcado.

Que él hubiera aceptado esta tarea con voluntad consciente parecía deberse a la devoción que tenía por sus padres, y por la familia completa; a su insistente entrenamiento por complacer a los demás, y al hecho emocional de que a los cinco años se lo considerara prematuramente ya un niño maduro. Privado del reconocimiento de sus necesidades infantiles de soporte y apoyo, (comida y abrigo), se vio obligado a reprimir estos deseos y reemplazarlos con una mirada totalmente falsa de la vida. En un momento dado renunció a su posición de hijo y se convirtió en un padre sustituto. Los adultos de su familia especialmente su madre, se convirtieron en sus hijos. No es de extrañarse que el tracto digestivo de este paciente, famélico de nutrientes emocionales desde la infancia, desarrollara bocas adicionales por la vía de estas úlceras.

Solo recuerda una ocasión de resentimiento en toda su infancia. Siendo el *caddie* más joven de un campo de golf, se molestaba por las largas horas de espera de un cliente, y tomaba a mal las historias y lenguaje obsceno que usaban los muchachos mayores. Se obligó a sí mismo a aprenderlas para complacerlos, pero también se ejercitó para eliminar estas palabras del vocabulario cuando estaba en casa, para no desagradar a sus “padres”.

Parece casi imposible que un ambiente infantil de estas características no hubiera creado una consciente rebelión en este paciente. Que su rebelión fuese enterrada en el reino de lo inconsciente fue indudablemente producto del sensible afecto que sentía por sus tiernos “padres” y a su insistencia sobre la expresión de amor y preocupación por los demás, una amorosidad que estaba en contacto con su naturaleza esencial.

1.- Un *caddie* es la persona que lleva los palos de golf de un jugador durante un partido. (N del T)

Sin embargo, era inevitable que esta prolongada distorsión de su condición natural en manos de otros, aunque con su propia connivencia, iniciara una hostilidad inconsciente. No podía estar conscientemente rabioso y vengativo al mismo tiempo, “complaciente”. La venganza debía, en consecuencia, convertirse a sí misma en neurosis. Esta reivindicación se hacía presente cada vez que el paciente, en sus años posteriores, probaba su capacidad de ser responsable. En este punto, comenzaba su programa de autosabotaje. Se sentía a sí mismo fallando en sus responsabilidades. Temía por el consecuente displacer de los demás. Se obligaba a renunciar a su trabajo, aunque mantenía el respeto y la buena voluntad de quienes estaban en posiciones superiores. Y nuevamente comenzaba desde el último puesto jerárquico como si fuera un niño de cinco años. De este modo simbólico clamaba por socorro y apoyo; inconscientemente llamaba la atención sobre el hecho de que era muy joven para ser responsable de la mantención de otros; y de que si insistían en que creciera, les demostraría que estaban pidiendo mucho de él; él podría fallarles a ellos y a sí mismo; y podría después de haberles generado expectativas, defraudarlos nuevamente. Su neurosis no era, entonces, solo un clamor de su corazón en tanto un niño famélico que necesitaba alimento, sino también un intento de castigar a todos los adultos, a todos aquellos que estaban en un puesto superior, por no reconocer su necesidad y satisfacerla, y por las demandas exageradas e injustas que le hacían.

Cada enfermo neurótico ha desarrollado su particular forma de neurosis como una expresión hostil de protesta y venganza. El poder de los padres no necesita haber sido ejercido de una forma abiertamente cruel; de hecho, a menudo éste ha sido bien intencionado, e incluso tierno como en el caso del segundo paciente. Lo cual sin embargo debe haber sido impositivo y dominante, y no dejó ninguna duda en la mente del niño de la existencia de autoritarismo en las figuras paternas. Este predicaba la sumisión de parte del niño, y si la rebelión era parcialmente consciente, debía ser reprimida inmediatamente debido a la necesidad de seguridad y amor del niño. Esta necesidad es corruptible, fácilmente seducida y falsificada, y crea un sistema total de valores distorsionados y falsos que se inician por el ansia del niño a merced de quienes tienen física y emocionalmente el poder.

Las dinámicas de las neurosis pueden ser liberadas de tal distorsión y ser reintegradas sanamente solo por la dinámica de la terapia. El veneno del odio y la venganza pueden ser destilados solo por la terapia del amor. En consecuencia, el elemento esencial en la psicoterapia consiste en hacer estériles los intentos inconscientes del paciente de venganza sobre los fantasmas todopoderosos del pasado. Aunque estos intentos siempre se han mostrado impotentes, y nunca han doblegado a las figuras significativas o a quienes las representan, ellos continúan compulsivamente con la esperanza de un éxito eventual. Esta esperanza debe -con la ayuda del terapeuta- demostrarse infundada, y debe ser descartada a favor de un nuevo conjunto de principios valóricos. Este intercambio puede ocurrir solo con el hecho de que no existe en la situación terapéutica una cuestión de autoridad o de dominio, sea éste tierno o cruel. No hay imposición de normas o valores de un participante sobre el otro, sino que por el contrario, existe, respeto y consideración mutua, y un compartir las responsabilidades.

A medida que el paciente abandona, en la terapia, su inútil resentimiento y venganza contra las poderosas y destructivas figuras del pasado, enfrenta un presente mucho más saludable que no demanda sumisión, y un futuro en el cual podrá recuperar y desarrollar los ocultos elementos constructivos de su naturaleza.

Volver a Ediciones Digitales

Volver a Newsletter 17-ex-71